

EL CORREO Y EL SELLO

El origen del sello

El nacimiento del sello es una consecuencia de la revolución industrial. En la primera mitad del siglo XIX, el desarrollo del comercio ponía en crisis los servicios postales, que ya no lograban cumplir la función delicada de asegurar la transmisión de noticias entre los hombres de las distintas ciudades, países y continentes. Por lo tanto, era necesario modernizar, poner al día los servicios postales; y Gran Bretaña, que fue el centro motor de la revolución industrial, resolvió para sí misma y para los

demás este problema, mediante una reforma audaz que entró en vigor el 6 de mayo de 1840 y que implicó el nacimiento del sello. ¿En qué consistía la reforma inglesa de 1840? Ante todo, establecía una tarifa única para el transporte de la correspondencia dentro del Reino Unido, independientemente de la distancia que se cubriera; el otro punto de la reforma consistía en hacer pagar el porte al remitente y no ya al destinatario, como había ocurrido hasta ese momento. La idea del «pago anti-

cipado» fue muy brillante y, sobre todo, rentable. Un relato popular asegura que Sir Rowland Hill, autor de la reforma, la concibió después de haber visto que una campesina devolvía al postillón, sin abrirla y sin pagar el importe debido, una carta de su novio: le había bastado echar una ojeada al exterior de la misiva para comprender lo que le importaba más. Con el fin de que el pago anticipado resultara fácil y seguro para el servicio postal, Hill «inventó» el sello, un rectángulo de papel



El inventor del sello, Sir Rowland Hill, en una emisión de Liechtenstein, y la tablilla encerada de los romanos en un sello austriaco.

Una oficina del «Correo de la ciudad» de París, hacia 1750, durante la clasificación de la correspondencia. (De un grabado de la época.)



engomado, que cualquiera podía adquirir por el precio que tuviera impreso, para después pegarlo sobre la carta, remitida a continuación con la certeza de que llegaría a destino. Este fue el paso decisivo para la democratización de los servicios postales. En la antigüedad, sólo los poderosos tenían el derecho de utilizarlos; habían sido creados por los amos de los grandes imperios, con el objetivo de asegurarse la posibilidad de enviar mensajes a los funcionarios de todos los rincones de sus dominios. Aparte de la figura mitológica de Mercurio, que como «mensajero» era también el que llevaba las cartas de los dioses, la primera noticia segura de un servicio postal la hallamos en Herodoto y en Jenofonte; estos historiadores relatan que en el siglo VI a. de C., Ciro, el emperador de los persas, impuso al pueblo la obligación de proporcionar caballos, estaciones y mensajeros para tal servicio. En aquellos tiempos aún no se utilizaba el vocablo «postal», sino que se hablaba de *angaria*, palabra de la que deriva la voz italiana *angheria*, y cuyo significado es extorsión, violencia impuesta a otros; así se indicaba que los caballos y los hombres tenían que someterse a un servicio obligatorio y gratuito.

Desde Persia a Grecia, desde Grecia a Roma, el emperador Augusto instituyó en todo el trazado de las carreteras consulares el *cursus publicus*: una red densa de estaciones de cambio de caballos, que podían llegar al rango de *mansiones* si disponían de cuarenta animales o al de *mutationes* si los caballos no eran más de veinte.



De arriba hacia abajo: Mercurio, el «cartero de los dioses», en un sello griego. El tiro de cuatro caballos de una diligencia postal: la emisión recuerda el centenario del primer sello de los Estados Pontificios.

Francisco Tassis, fundador de la familia que organizó el primer servicio postal en el ámbito europeo, conmemorado por Alemania Federal. El emperador Augusto, que unificó los servicios postales romanos.

Un carro galorromano del *cursus publicus*, bajorrelieve reproducido en un sello francés.

Postillón en palacio, de un cuadro de Bernardo Bellotto (siglo XVIII), reproducido en un sello de Austria, con ocasión de celebrarse un Congreso de la Unión Postal Universal.

Unas y otras recibían el nombre de *positiones*, palabra de la cual deriva el vocablo «posta». Pero en los tiempos de Augusto, el adjetivo *publicus* designaba todo aquello que pertenecía a la administración estatal; es decir, que los vehículos y los mensajeros que cumplían el servicio entre una y otra *positio* operaban exclusivamente por cuenta del emperador. El «público», en caso de que necesitara expedir una carta, debía apelar a los costosísimos *tabellarii* privados. No faltaban los privilegiados a quienes el soberano concedía el uso del *cursus publicus* incluso para sus asuntos privados. Nacido en la época republicana, el servicio postal de Roma llegó a su organización más perfecta en los tiempos de Constantino, para decaer, casi hasta la desaparición, ante el atropello de las invasiones de los bárbaros. Carlomagno intentó restaurar el servicio, pero con poco éxito: el sistema feudal era un obstáculo grave para el tránsito libre de los mensajeros. El servicio postal resurgió por iniciativa de las universidades me-



dievales libres: en 1315, la de París obtenía de Felipe el Hermoso una «patente» para organizar un servicio de enlace entre los estudios y las familias lejanas.

Poco tiempo después, en Italia, los Visconti y los Sforza organizaron una red de correos entre Milán y Génova: en el siglo XVI, los mensajeros de la República de Venecia recorrerían velozmente todo el suelo de Italia. En las misivas más urgentes se dibujaba una horca: una amenaza de pena capital para el correo que se demorara en la entrega. Algunas veces, de tanto en tanto, la amenaza se convertía en realidad.

En el campo europeo, las relaciones postales reverdecieron gracias a la acción de la familia Tassis: Omodeo, antepasado del poeta Torcuato, comenzó a finales del siglo XIII; y en el XVI, sus descendientes obtenían de Carlos V el «generalato» postal heredado del Imperio. Los correos de los Tassis recorrían con regularidad Italia, Francia, Alemania, Flandes y



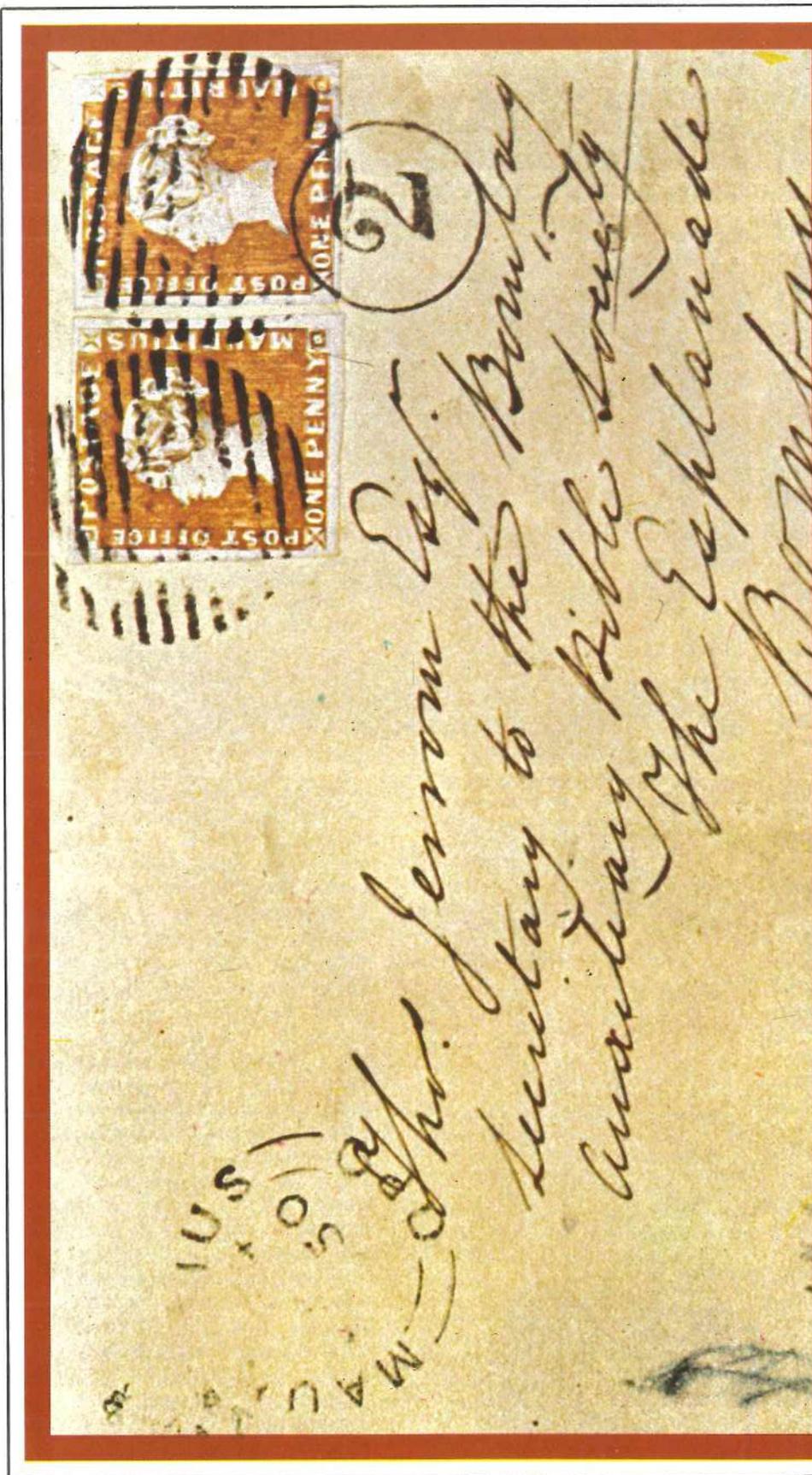
Arriba, a la izquierda: una bonita serie suiza que muestra antiguos mensajeros de distintas épocas; a pie, a lomo de mula y a caballo.

Arriba, centro: una máquina moderna que selecciona y matasella automáticamente la correspondencia.

El primer sello fluorescente italiano, de 1968, sirvió para promover el «número de distrito postal» (o código postal) con las direcciones. La fluorescencia es captada por las máquinas mataselladoras automáticas, mientras que el número de distrito postal facilita la clasificación de la correspondencia a distribuir.



España. El monopolio europeo de la familia italiana (que ya se había establecido en Bélgica y en Alemania) se mantuvo durante todo el siglo XVIII; después se vio gravemente comprometido por los acontecimientos de la revolución francesa y más tarde por Napoleón, que organizó un correo del Estado en todos los departamentos de su Imperio. Con la restauración de 1815, los Tassis volvieron a obtener sus antiguos privilegios; pero al cabo de pocos decenios, los Estados de la Nueva Europa rescataron, cada uno para sí, el monopolio. Así, el correo volvió a ser dirigido por la administración pública. De este modo se llegó a los umbrales de la revolución industrial, a la reforma de Rowland Hill, al surgimiento de una nueva Era para los servicios postales. En estos últimos decenios, el progreso, también en este campo, ha sido rapidísimo y perturbador; y cada paso hacia adelante también se ha dado gracias al sello.



LA INVITACION AL BAILE

Siete años después de la aparición del primer sello, en Londres, en la lejana colonia inglesa de Mauritius, alguien trabaja con ritmo febril para preparar en poquísimos días los primeros sellos de la isla. La mujer del gobernador debe dar un baile y quiere enviar las invitaciones sirviéndose de aquella «novedad». Así nace el 1 penny anaranjado de Mauricio, impreso en unos pocos ejemplares, porque pronto será sustituido por una segunda emisión que lleva la inscripción Post Paid en lugar de Post Office. Esta carta franqueada con dos de aquellos ejemplares es una de las rarezas más grandes de la filatelia mundial.